



Boris Yeltsin: tiempos de frustración ante el fracaso de las expectativas crecientes

Jesús I. Martínez Paricio

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

12 de mayo de 2022

Un título nunca explica un proceso histórico. En esta ocasión el enunciado se aproxima a la realidad. Abel Aganbegyan, director de la Sección de Economía en la Academia de Ciencias de la URSS y asesor principal de Gorbachov, señaló en el curso de doctorado en la Facultad (1989) el riesgo que suponía frustrar las expectativas creadas en el doble programa de Mijaíl Gorbachov: liberar la economía (*perestroika*), e imponer la transparencia en la vida política soviética (*glásnost*). Confiaba que las propuestas de reforma se tomarían en cuenta en el tránsito económico y político de la URSS. Aunque dudó sobre la probabilidad de un golpe de Estado, no lo descartó: «todo es posible si fracasan las promesas». De las frustraciones colectivas siempre surge la violencia. Así fue al poco de la presentación en el curso de doctorado.

No es fácil pasar de una economía centralizada a otra regida por las leyes del mercado. El proceso exige un tiempo largo y sosegado para mantener la continuidad en las decisiones, corregir los errores, contar con la confianza de la mayoría y adecuar los cambios económicos y políticos. Se hicieron esfuerzos macroeconómicos con algunos resultados positivos, pero aumentaron los problemas en la vida cotidiana: escasez de bienes de consumo, carencia de servicios y no se resolvió el problema de la vivienda. Se impuso la hiperinflación y el déficit presupuestario se trató de resolver con emisiones continuadas de moneda.

Aganbegyan, a su pesar, tuvo que reconocer por escrito que en «el resultado de los últimos tres años (1986-88) [...] [no hubo] ningún progreso en la satisfacción de las necesidades y en las demandas de la población. La mayor parte de la gente no siente que haya habido mejora en sus vidas» (Aganbegyan, Abel. *La Perestroika Económica. Una Revolución en Marcha*. Barcelona: Grijalbo, 1989).



Surgieron problemas institucionales. Mijaíl Gorbachov redactó un *Tratado de la Unión de Estados Soberanos* donde desaparecía la URSS, se reconocían algunos derechos a las repúblicas manteniendo el control desde el centro del poder, desde el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El documento se filtró a la prensa de manera interesada. Resultó inaceptable para los conservadores del Partido. No aceptaron que las repúblicas fueran consideradas como Estados y se perdiera el control del armamento nuclear y la defensa aérea. Desde el núcleo duro del Partido, del ministerio de Defensa y de la KGB, así como directores de algunas de las grandes empresas se constituyó un grupo de presión, *los doce*. Exigieron a Gorbachov que anulara la propuesta, declarara el Estado de Emergencia y presentara su dimisión. Rechazó las exigencias y quedó recluido, secuestrado, en su residencia de descanso.

El grupo declaró el Estado de Emergencia basada en la incapacidad física del presidente con el objetivo de «poner fin al caos que se está viviendo». Uno de los objetivos de los golpistas, no alcanzado, era detener a Boris Yeltsin que veía aumentar su popularidad. Más tarde los golpistas reconocieron que se actuó de manera apresurada, sin un líder y sin planes alternativos, rechazando el uso de la

fuerza para evitar una guerra civil. El grupo confiaba que Gorbachov se retractaría del programa de cambios ante el fracaso evidente de sus reformas.

Yeltsin no contaba con un golpe, pero reconoció «que [en la URSS] se había llegado al final». Era su momento. Aprovechó la crisis apoyando la legitimidad de Gorbachov frente a los golpistas destacando, en su beneficio, la debilidad del presidente. Su liderazgo quedó confirmado con la imagen icónica de Boris Yeltsin de pie, saludando al jefe del carro de combate que había sido movilizado para imponer el golpe de Estado.

Recuperado el orden, comenzó el enfrentamiento entre los dos personajes. Gorbachov proponía recuperar el orden; Yeltsin, forzar las tendencias de desmantelamiento de la URSS. El fallido golpe de Estado aceleró el proceso de independencia de las repúblicas. La de Ucrania planteó problemas desde el primer momento. Poseía 365 silos nucleares y reclamó ser potencia nuclear, contaba con su propio ejército. Tenía un sector agroindustrial e industrial, civil y militar, importante. Ucrania se podría convertir, en términos comparados, como potencia que competiría con Rusia para ocupar el liderazgo en el espacio soviético, incluso en el de la Europa occidental.

Yeltsin aprovechó, de manera sutil, el acuerdo de Rusia con Bielorrusia para organizar un encuentro con Ucrania. Se buscaba un nuevo tratado que controlara la inevitable desintegración de la URSS. Yeltsin preguntó al presidente ucraniano: «Si Ucrania recibiera más derechos que las otras repúblicas, ¿firmaría un nuevo tratado?». La respuesta fue contundente. Ucrania era independiente y a pesar de su dependencia energética, los ucranianos no aceptarían una integración que redujera los derechos conquistados. Los tres mandatarios reconocieron que la desaparición de la URSS era una realidad y había que evitar la confrontación como la que se estaba produciendo en Yugoslavia. Había que crear una nueva confederación que evitara el recelo, el temor de Ucrania ante Rusia y, además, confirmar que «Rusia no puede renunciar a Ucrania». Se redactó el *Tratado de Belavezha* (8 diciembre 1991). «La Historia ha decretado que como sujeto de las leyes internacionales y de la realidad geopolítica la URSS finaliza su existencia». Cuando se conoció el documento, la conmoción fue total.

La Confederación de Estados Democráticos, propuesta en el borrador, no fue aceptada por Ucrania: «No todas las repúblicas que pudieran sumarse al Tratado eran democráticas». Se acordó el cambio: *Comunidad de Estados Independientes* (CEI). Surgió el problema de quién tenía la autoridad para disolver la URSS y la solución se encontró en su origen, en el acuerdo de constitución de 1922. Cuatro repúblicas fundaron la URSS y de las cuatro, tres, las presentes, faltaba la república de Transcaucasia, decidieron disolverla por la misma razón de acuerdo con su condición de Estados soberanos.

El artículo 5 del Tratado que creaba la CEI planteó discrepancias entre Rusia y Ucrania por la cesión de Crimea a Ucrania por Nikita Krushev (1954). Rusia

reconocía la importancia estratégica del espacio para su flota. En el Tratado se impuso la integridad e inviolabilidad de las fronteras de la CEI asegurando la accesibilidad y la libertad para cruzarlas. Se garantizaba la inviolabilidad de las fronteras de la CEI mientras se perteneciera a la CEI. La delegación rusa añadió al artículo la cautela por la que, si uno de los firmantes abandonaba la CEI, o alteraba sus fronteras, perdería esas garantías. Rusia buscaba con la advertencia asegurar que Ucrania no abandonaría la CEI, ni alteraría el estatus y fronteras de Crimea.

Otro de los puntos críticos trataba del armamento nuclear y su control. Rusia lo reclamaba, pero evitando el enfrentamiento con Ucrania que pudiera poner en peligro la CEI. Ucrania entregaría todo el armamento nuclear y se crearía un mando conjunto durante un periodo transitorio. Rusia, en su voluntad de mantener el acuerdo, reconocía sus fronteras. Ucrania exigió la compensación por la entrega de los silos nucleares que tenía en su territorio: «A pesar de la pérdida que suponía [...] todo salió bien [...] y Estados Unidos nos ayudó en la negociación».

Resultó significativo que la manifestación del final de la URSS y el nuevo Tratado se comunicara en primer lugar al presidente Bush y no a Gorbachov. Gorbachov se negó a firmarlo. Consideró que la decisión de los presidentes de tres repúblicas no se podía imponer al resto pues la decisión tampoco se había debatido en los parlamentos. Anticipó que la constitución de la CEI «es una bomba de tiempo [...] la culpa no la tiene Ucrania [...] son los líderes de Rusia quienes han explotado la situación [...] ya se sabe qué métodos utilizan los líderes rusos [...] han utilizado su última carta». El 21 de diciembre de 1991 once repúblicas, excepto las bálticas y Georgia, firmaron el *Protocolo de Alma Ata* que suponía el final de la URSS. Se integraban en la CEI reconociendo a Rusia como la sucesora de la URSS, controlando todo el armamento nuclear. Mijaíl Gorbachov dimitió el 25 de diciembre de 1991.

La modernización y la democracia transitan por un *pasillo estrecho* (Acemoglu y Robinson, *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad*. Barcelona: Deusto, 2019), en el que no se encuentran todas las naciones: la Rusia de Yeltsin tampoco. Los acontecimientos se aceleraron aumentando los problemas. Contó con el reconocimiento y apoyo exterior, y con la desconfianza y la confrontación en el interior. En el Congreso de los EE. UU. declaró de manera solemne su anticomunismo. Buscó y encontró apoyo occidental para disponer de créditos con los que reducir los efectos de la crisis económica y aplicar el plan de privatización. El apoyo fue presentado por los donantes como *ayuda caritativa* propia de un país del Tercer Mundo. Para los que añoraban el poder perdido de la URSS semejante planteamiento fue considerado como humillante. Al poco tiempo se comprobó que esas inversiones no cumplieron el objetivo previsto pues fue aprovechado en beneficio de unos pocos.

Yeltsin propuso iniciativas de integración del espacio económico, político, defensivo de la CEI. Los resultados fueron limitados. Las repúblicas desconfiaron pues

entendían que quedaban subordinadas a los intereses de Rusia. Se conocían las declaraciones, pero se carecían de los recursos institucionales para alcanzar los objetivos. Las propuestas no se concretaron en beneficios visibles y se agudizaron los problemas domésticos. La apertura de la economía permitió que la oferta aumentara, pero no la demanda: los salarios menguados no lo permitían. Se privatizaron sectores industriales y energéticos que terminaron en manos de una nueva clase social de ciudadanos enriquecidos. Las compras se realizaron de manera opaca donde se imponía la corrupción. Estos comportamientos no fueron criticados por las organizaciones internacionales, interesaba la apertura y la distensión política de los bloques. A partir de esas incertidumbres cada una de las repúblicas propuso y defendió sus intereses particulares abandonando el sentido comunitario que se había imaginado.

Creció la tensión entre Rusia y Ucrania por el desacuerdo en cuestiones de seguridad y defensa. La minoría étnica en Crimea, de origen ruso, reclamaron compensaciones al gobierno ucraniano y buscaron el apoyo de Rusia al sentirse minoría marginada. No fueron los únicos. En otras repúblicas surgieron acciones independentistas basadas en razones étnicas, culturales, religiosas, demográficas. Los nacionalismos y minorías rusas se presentaban como *comunistas*. Tensiones que se convirtieron en violentos enfrentamientos entre las partes que contaron con el apoyo de Rusia, visible en ocasiones y en otros oculto, pero no menos efectivo. La violencia también se produjo en la compleja estructura territorial de la propia Rusia.

Yeltsin se aseguró el control de los ministerios clave: Exteriores, Defensa, Seguridad e Interior. Intervino en las disputas internas de las repúblicas para mantener la integridad de la CEI. Reclamó tiempo para cumplir con los objetivos e impuso a los demás aceptar sus propuestas. Amenazó que de no hacerlo se impondría el fracaso anticipo del caos. Empeoró la situación macroeconómica. Surgieron movimientos internos que promovían la *salvación nacional*, comenzaron a manifestarse sentimientos de añoranza de la tranquilidad del pasado. Aumentó la inestabilidad del gobierno por los ceses de altos cargos discrepantes con las órdenes del presidente y se multiplicaron los enfrentamientos con el Parlamento. Yeltsin, por su mala salud, su peor tratamiento y dudosa recuperación se fue encerrando sobre sí mismo y con sus incondicionales «perdiendo la atrayente franqueza de los primeros años» (Owen, David. *En el poder y en la enfermedad. Enfermedades de jefes de Estado y de Gobierno en los últimos cien años*. Madrid: Siruela, 2015. Págs. 154-158). Comenzaron las preguntas para saber quién estaba al frente de las decisiones de gobierno. Aparecieron los nombres de sus consejeros más influyentes, desconocidos para la mayoría, Putin estaba entre ellos.

Durante el tiempo de calma relativa en los asuntos internos (1994), Yeltsin se propuso solucionar el problema checheno que se prolongaba desde 1991. Autorizó la intervención militar anunciada como recuperación del orden interior. La

devastación provocada por los éxitos militares fue presentada con argumentos de victoria definitiva. Sin embargo, se mantuvo la resistencia chechena que siguió produciendo bajas importantes en las tropas rusas desmotivadas, reclutas la mayoría, no bien preparadas y sin contar con los recursos logísticos suficientes para un conflicto que se alargaba produciendo un número importante de bajas. Volvía el recuerdo del fracaso afgano. Los acuerdos que pusieron fin a las hostilidades crearon el sentimiento de inutilidad de la intervención, más aún al reconocer el elevado coste que se tuvo que pagar para no conseguir nada.

Yeltsin y sus más allegados trataron de compensar los fracasos que se multiplicaban con decisiones que aumentaban su poder alejándose de las leyes y controles que se habían dado en tiempos de bonanza. Se llegó a aceptar que estaban creándose las condiciones para un nuevo golpe de Estado esta vez desde el mismo centro de poder. El declive personal del presidente y de su política interna supuso la pérdida de la valoración positiva, consentida a su pesar, que había conseguido en el mundo occidental y en sus instituciones. Comenzaba el final de las ayudas y facilidades económicas al ver que no se traducían en resultados visibles mientras aumentaba el poder económico de la reducida clase privilegiada próxima al poder. Puede que, como compensación del rechazo internacional, Yeltsin hizo valer su presencia ante las intervenciones militares en el conflicto yugoslavo y en otras regiones en conflicto. Reclamó su condición de potencia que debía ser tenida en cuenta como en el pasado. Comenzó a imponer ante Occidente argumentos históricos, nacionalistas, que terminaron por plantearse en términos que bien podían considerarse propios del *imperialismo* que se quería mantener, incluso recuperar: «Lo que se tuvo habrá que volverlo a tener». No aceptó que las fronteras de la UE y de la OTAN se acercaran a *sus territorios*.

Lo que en sus comienzos parecía probable quedó arrumbado por los errores continuados. La Comunidad de Estados Independientes resultaba cada vez más alejada del proyecto inicial. Unas repúblicas se declaraban proatlantistas; otras seguían los pasos para una posible integración en la Comunidad Económica Europea, y otras hacían lo posible para entorpecer la marcha de la CEI. Tampoco faltaron las repúblicas que buscaban la protección de Rusia para hacer frente a sus problemas internos, a las tensiones entre sus regiones.

La gestión de los asuntos públicos se fue dejando a un lado para dedicar todos los esfuerzos para mantenerse en el poder. Se impuso la desconfianza de los cargos técnicos y políticos cuando se enfrentaban a las decisiones de Yeltsin. La continua destitución y el relevo de altos cargos frenaron los planes recuperación. El círculo de Yeltsin se redujo. Por su mala salud aumentaron sus ausencias de la vida pública. Aparecieron los *jóvenes reformistas* que habían descubierto y utilizaban en su provecho la más agresiva economía de mercado.

Yeltsin encontró en Putin a su sucesor: lo nombró primer ministro. Putin hizo frente a los atentados de Moscú y actuó de manera contundente, implacable, en la

segunda guerra de Chechenia. «Los ciudadanos que respeten la ley son los que pueden reclamar garantías legales y reclamar la protección del Estado». De ser un desconocido gestor de los asuntos públicos se convirtió en el político que pondría recuperar e imponer el orden. Prometió que Rusia sería de nuevo la potencia que había sido. El último día de 1999 Yeltsin dimitió de todos sus cargos y Putin se hizo cargo de la presidencia de manera interina. Los decretos promulgados ese mismo día garantizaban la impunidad de Yeltsin y su familia, la de él mismo y la de su grupo de afines. A pesar de todos los escándalos, del enfrentamiento directo contra las candidaturas que reclamaban transparencia y la demostrada manipulación de los medios de comunicación, Putin fue elegido presidente.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022